

lo nuevo. La herejía bolivariana es fuerza prometeica que desafía a los dioses, sueña espacios y conquista tiempos. Prometeo, ladrón del fuego sagrado, es dueño del destino del hombre pero, a la vez, es víctima de ese mismo destino. Prometeo es el símbolo máximo del sacrificio de individualidades heréticas que insurgen contra fuerzas que terminarán por consumirlas en el mismo fuego que ellas trataron de poseer. El fuego creador es el símbolo de las voluntades mesiánicas que luchan contra su tiempo. Prometeo es el símbolo máximo del sacrificio aceptado en nombre de una subversión. Su lucha es contra las leyes que regulan la relación entre los hombres y los dioses, arduo enfrentamiento que trata de romper el orden natural de las jerarquías. Trastocar el mundo y rehacerlo... Si algún símbolo reproduce la tragedia de Bolívar es el de Prometeo: héroe y, a la vez, víctima; soñador titánico despojado de su fuerza por dioses que aplastan sus sueños y sus ambiciones. El ideal de Prometeo es su fuerza y su debilidad, su gloria y su desdicha; el sacrificio de su vida a una obra, a un gesto, es su único posible destino. Bolívar prometeico: héroe y víctima, victorioso derrotado y soñador titánico despojado de su fuerza por la desmesura de sus sueños.

La contrapartida de la subversión creadora de Prometeo es la incompreensión a sus actos, la indiferencia a sus palabras, el vacío en torno a su persona. Debilidad del héroe adánico convertido en rostro ajeno, voz desoída, proyecto incomprendido, referencia ignorada... Trágico final del héroe condenado a una soledad que es, primero, aislamiento y, después, muerte. En los mundos y los tiempos genésicos, la soledad, la nada y el silencio son los riesgos más implacables y terribles. El gran drama de Adán es su desamparada soledad en medio de espacios en los que su voz es sólo repetida por el eco del silencio. El gran peligro que acecha a Prometeo es la incompreensión; riesgo y, a la vez, reto: trabajar en soledad, ser en soledad, en soledad creer en sí mismo, en soledad crecer o desplomarse... El gran desafío de Prometeo es el de crecer en medio de la indiferencia de los otros. Crecer en su dignidad libre que lo eleva a su propio espacio individual e irrepetible sobrevolando por sobre el foso interminable de la ignorancia o de la incompreensión.

Ética prometeica: ética creadora, ética de fundadores que apuesta, que arriesga, que inventa... Ética que encarna cierta tendencia natural de la especie humana a la rebelión, a la transgresión, a la búsqueda y a la necesidad de lo nuevo. Herejía es osadía. Utopía es imaginación. Subversión es sueño y es esperanza. A partir de las tres, América Latina escribió algunos de los más trascendentes momentos de su historia. A partir de las tres, nuestro continente podría tal vez establecer un necesario diálogo con Occidente, con el resto del mundo, con el tiempo por venir.

En su trabajo *Nuestro imaginario cultural*³, Waldo Ross define la espiral como el símbolo más certeramente representativo de la vitalidad del tiempo latinoamericano. Como una espiral imaginó José Vasconcelos nuestro destino continental. Espiral como imaginario de lo siempre móvil y de lo siempre creciente. La imagen del tiempo como una espiral que avanza en busca de su futuro es sugerente, simbólicamente ilustrativa. La física contemporánea dibuja y describe la forma del universo como una espiral. Una espiral que, tras el inmenso estallido del origen del tiempo cósmico —el *Big Bang*— comenzó a crecer y seguirá haciéndolo hasta alcanzar un punto definitivo de desvanecimiento —el *Gran Crujido*—. Para el físico Stephen Hawking, el universo se expande permanentemente en un continuo movimiento espiral. Algún día —dice Hawking— esa espiral tocará un límite final y será entonces cuando habrá llegado el colapso cósmico, el fin de todo.

La espiral, como imagen, se opone a lo circular. El círculo alude a lo cerrado, a lo repetido. Ante el movimiento interminable de la línea espiral, el círculo simboliza el agotamiento y la esterilidad de lo que se repite a sí mismo. Si la espiral es tiempo por crear, lo circular es tiempo consumado. Si la espiral es avance, lo circular es rotación. Si la espiral es dinamismo, lo circular es estancamiento. Espirales proyectadas hacia el futuro o círculos repetidos en el presente. Espirales lanzadas hacia rumbos nuevos o círculos convertidos en imágenes de lo caduco. Espirales penetrando en el mañana o círculos inagotablemente rotando en el ahora... La imagen de lo temporal como una espiral o como un círculo, remite a la metaforización de días convertidos en anhelo de futuro o en hartazgo de presente, en apuesta al porvenir o en agotamiento del ahora, en mañana deseado o en hoy desengañado. La espiral como imaginario del tiempo significa intuir, válida y posible, la acción individual del ser humano alzándose contra su circunstancia y su pasado: creativamente haciendo, imaginativamente creando.

La espiral sugiere avance, cambio, transformación pero, también, sorpresa, precariedad, regreso posible, avance en lo inesperado, contradicción, estancamiento seguido de impulsos, renovación, incertidumbre, esfuerzo continuado, riesgo... El tiempo de la modernidad occidental fue el tiempo de la línea recta —no espiral: línea recta, paulatina y obsesivamente ascendente—. Por la línea recta, Occidente, dibujó la visión afirmativa de un tiempo al que concibió como expansión y como imperial dibujo de sus intereses y ambiciones. Hoy, la visión temporal de Occidente alude, más bien, a la invariabilidad de lo circular. El progreso indetenible fue agotándose en eso que interminablemente repetido, invariabilidad de todos los regresos, agotamiento de lo que gira sobre sí mismo y

³ Barcelona, ed. Anthropos, 1992.

perpetuamente se devora... Por siglos, Occidente se consideró como el único presente posible, como el único tiempo real de la humanidad. Medio Oriente, Asia y África eran el pasado, América Latina un irreal futuro. El futuro sin presente fue el tiempo del comienzo americano. El presente sin porvenir, detenido en el límite de sus propias sombras, es el tiempo del ahora occidental.

Héctor Murena ha dicho que es locura «que alguien vivo imagine que la energía y la libertad de la vida son totalmente previsibles». Locura colectiva, pues, de un Occidente que pensó que el futuro podía predecirse según irrefutables normas. Occidente apostó a la locura y perdió en la acumulación de sus propios y numerosos errores. Dibujó sus itinerarios bajo la forma de una interminable línea recta y cayó en la circularidad de un balbuceante ahora. Frente a Occidente, los latinoamericanos jamás incurrimos en el absurdo de imaginar que la historia —la nuestra ni la de nadie— pudiese ser predecible. Es nuestra vieja costumbre sobrevivir en lo desconocido. Es nuestra tradición crecer dentro de lo inimaginable. Es nuestro hábito superarnos en el desaliento. El mestizaje americano inició una nueva metaforización del tiempo de la humanidad: la del diálogo, la de la asimilación de las disparidades, la de la fusión de los opuestos. Mientras Europa conquistaba y marginaba, mientras Europa soñaba con igualar y unificar el mundo en su propio beneficio, nuestra América fusionaba, traducía, mezclaba... Babel a la inversa: la unidad a partir de la pluralidad, la unión sobre lo originalmente diferente. América comenzó siendo mónada esencial que absorbía todas las diferencias, mónada donde todo convivía con todo y donde todo se hacía indisoluble. En nuestro continente tempranamente desaparecieron los aislamientos. El comienzo americano fue haciéndose espiral de tiempo donde las culturas aprendieron a convivir y a traducir. Lo mestizo americano fue el lejano punto de partida del actual encuentro de razas, culturas y memorias que caracteriza a nuestro presente planetario y que, necesariamente, deberá caracterizar cada vez más a nuestro porvenir.

La raza cósmica latinoamericana descrita por Vasconcelos, prefiguraba, en su heterogeneidad esencial, el rostro de la humanidad futura. Prefiguraba, también, a un hombre nuevo: ser potencia, individuo expectante de un porvenir convertido en desafío y en promesa. (De paso: cuando Vasconcelos habló, por vez primera en 1925 de una raza cósmica, quinta raza o raza final preanunciadora de un nuevo destino humano más solidario y más cercano, sus palabras contradijeron anticipadamente otras voces que, años después, augurarían con brutalidad el advenimiento de razas puras destinadas a dominar el planeta y a sojuzgar o exterminar a todas las otras razas en nombre de un destino manifiesto. Enfrentamiento simbólico

entre un anhelo humanitario y una desencadenada barbarie, entre un ideal de historia y una historia real: terrible, aniquiladora... Del lado latinoamericano, la visión de la concordia y la solidaridad necesarias; del lado occidental —más precisamente europeo, más singularmente alemán— la aberración nazi y sus vociferaciones sobre una raza predestinada gobernando el mundo sobre infinitas hileras de cadáveres e infinitas pilas de escombros. La voz de los viejos marginados de la modernidad contrastada, pues, con los alaridos de los nuevos bárbaros de la modernidad).

El itinerario de la raza cósmica de Vasconcelos se dibujó sobre un ideal de mestizaje que era, también, un ideal de universalidad. Mestizaje y universalidad serían los rasgos que mejor podrían definir el arielismo: el signo más trascendente y significativo, el mejor y más brillante de todos los signos dibujados sobre nuestra *imago*, sobre nuestra máscara cultural latinoamericana. Arielismo es deseo de cercanía a todos los pueblos de la tierra, comprensión y familiaridad hacia todas las tradiciones y memorias. La voz latinoamericana nunca fue la del soliloquio soberbio de los conquistadores: nació del arduo ejercicio de la supervivencia, fue creciendo en la marginalidad y en la rutina de muchos fracasos. Fue compañera del más largo espejismo de nuestra historia: el espejismo del subdesarrollo.

El subdesarrollo, además de realidad histórica —contundente y dolorosa realidad histórica— es también conciencia, prejuicio, miedo colectivo. El subdesarrollo en nuestra América ha sido por mucho tiempo, mitología que explica triunfos y derrotas en términos de azar y de suerte. Buena o mala suerte, dicen los espejismos del subdesarrollo, dibujan el itinerario de los pueblos. Logros o fracasos, errores y aciertos dependen, siempre, de un otro: de su bondad o maldad, de su fuerza o astucia, de su codicia o su interés. Los espejismos del subdesarrollo dicen que existe siempre un otro mejor al que es necesario emular, dar alcance en la carrera histórica y, a su altura, junto a él, mirar con desdén hacia atrás: hacia la lejanía de nuestras superadas miserias. Los espejismos del subdesarrollo se entremezclan con la envidia y con sentimientos de inferioridad convertidos, casi, en dolorosa expiación. Ante los espejismos del subdesarrollo, la voz latinoamericana proclamó siempre, como sola posible respuesta, la imitación.

Únicamente los tontos y los incapaces imitan: ineptos para pensar por ellos mismos, repiten lo que ven hacer a los otros: ésos que inventan, que crean, que construyen. La imitación es la mímica de las inteligencias poco desarrolladas. «O inventamos o erramos», dijo Simón Rodríguez, una de nuestras voces venezolanas más fuertes y sólidas del siglo XIX; también una de las más desoídas y, sin embargo, una de las más actuales. Inventar a partir de nosotros mismos: de lo que somos y de lo que fuimos. Inventar